

tando para que nuestro rastro marque algún sentido de búsqueda, y lo presentamos siguiendo el mismo esquema de juego. Un esquema que busca el diálogo entre los participantes-textos, al igual que el ya referido sobre los participantes-lectores. Por ello se disponen dos columnas de texto paralelas, para leer confrontadamente o anárquicamente, como nos apetezca. Los textos son ahora un proyecto por sí mismos y para quien tema la suplantación del proyecto por una "textualidad" deberá ser Mènard, deberá reescribir el Quijote capítulo a capítulo y, cada tarde, al abrigo de los últimos rayos, quemar el cuaderno donde lo escribió.

Las cosas no están para dejarlas dichas, sino para decir las a cada momento.

Ahora, cuando volvemos a hablar de aquella recopilación, retomamos el juego. Ocupamos los sitios que dejamos en blanco para los nuevos interlocutores y publicamos nuestros propios textos al lado de los de aquel epítome. Nuestros ojos vieron con ojos de presente y en este instante lo traemos –perteneciendo al pasado– para rehacerlo a este presente. No basta con explicar el proceso. Hay que crear un "afuera", como un vacío de Ives Klein y un "no-lugar" donde los textos se desarrollen en un espacio neutro, que es ese ancho presente, sin límites y sin tiempo, que no sea ya un espacio cerrado de la representación. No expondremos un texto único, sino lo que cada uno de nosotros entiende qué es esto.

Carlos Tapia Martín

2. Los textos no están compuestos, se disponen a partir de unos puntos suspensivos.

Los textos no están mutilados, están contraídos unos con otros, dejándose penetrar unos en otros.

El hecho de ir haciéndose sitio unos a otros es lo que los constituye en unidad.

Podríamos decir que los textos han intimado con nosotros. No hay pues una superposición de textos ni una serie de textos. Hay una complicidad entre ellos y nosotros. Ellos no han dejado de ser lo que eran por imposición, clasificándolos por mutilación, sino que han empezado a estrecharse con nosotros, a deslizarse, a rozarse; ampliando nuestro horizonte y el de ellos mismos.

A veces había algo de mí en un texto, algo de mí que se me había olvidado. Entonces tenía que deshacerme de ello y hacerle sitio al texto, para seguir siendo más yo.

Hasta tal punto esto comenzó a ser así, que cuando nos dimos cuenta, Carlos, o algo que parecía Carlos pero que ya no lo era, se había introducido entre las porosidades o espacios huecos que habían dejado algunos textos en su contracción, y formaba parte de aquello de lo que ya formábamos parte todos.

En este proceder nos íbamos dando cuenta de la corporeidad de cada texto. No había textos que hablaran de la casa desde la política, la economía, la tipología, etc.: esto no importaba tanto. Lo que realmente importaba es que había textos más densos, más impenetrables. Otros, con estrías muy delgadas. Había textos acogedores por su capacidad de darnos asiento en su seno. Textos porosos, textos espigados, textos rincones, textos montañas, textos ríos, textos brazos, textos rocas...

Mariano Pérez Humanes

3. Me encuentro ante una amalgama de textos apretados en un recio estuche que los organiza y numera.

Pasado el tiempo de su formalización se vuelve a ellos con miradas renovadas, con otras intenciones de actuación, nuevas formas de utilizarlos.

En aquellos momentos no se optó por una breve y precisa "selección" que desarrollara aspectos concretos y fundamentales. Tampoco se quiso crear un extenso glosario de cuestiones. Se terminó tamizando una considerable cantidad de textos, operando con ellos como un "colega".

Ahora, al volver sobre el conjunto de textos, encontramos en ellos un espacio para la libertad, donde, paradójicamente, el lec-

tor no puede elegir un texto concreto, una única lectura; pero puede, por contra, elegirlos todos.

Contrariamente a los libros que deambulan por nuestras manos, elegidos con pulcritud y deseo, estos textos nos vienen dados por una mano ajena.

Pero su número, su variedad, permite llegar a una libertad en la que todas las posibilidades se abren y podemos probar un poco de cada una de ellas. Una libertad libre del peso de las autorías, que aparecen, pero lejos del ámbito físico del texto; vi-ciando el gesto de ir a la última página a comprobar el autor de un determinado texto.

Se convierte así en un cúmulo de comunicaciones, opiniones, reflexiones conversadas, que, desde ópticas muy dispares mantienen un espíritu común en torno a un tema, alrededor de él, "acerca de la casa".

Si habitar exige una permanencia mínima, podremos ir habitando cada texto, cada ámbito de opinión.

Si la permanencia se articula en el habitar mediante hábitos, cada texto será un hábito, un hacer, una deformación de la acción cotidiana (posiblemente asimilables a hábitos ajenos, susceptibles de apropiación o, más correctamente de experimentación, por no imponerse tras su uso la asimilación como propio).

Revestir los cobijos es propio de los moradores. Revestirlos y llenarlos de los objetos que le son propios. Llevemos a una casa fugaz, morada de un corto período, todos estos textos "habituales", que permitan dilucidar las pautas hacia las que este habitar fugaz ha de desarrollarse.

Sentados en medio de esta casa podremos contemplar, con el necesario distanciamiento, la constelación de textos que la constituye. Podemos llegar a distinguir textos-hábitos, textos-símbolos, textos-objetos, otros pueden llegar a resultarnos oscuros y ajenos, que seguramente serán aquellos destinados al ámbito de almacenaje de la casa, lugar donde apilaremos los objetos de futuras miradas, en esta casa o en la siguiente, a la que, en cualquier caso, trasladaré mi perrecho habitativo.

En esta tesitura de habitante de una morada definida por opiniones, por hábitos, por visiones, las sensaciones más fructíferas que discurran en nuestra experiencia habitativa serán la búsqueda y la incomodidad.

Incomodidad entre determinados textos, posiblemente alguno de los almacenados, casi hostiles, entre los que tenemos que acomodarnos usando aquellos que nos son más cercanos a modo de elemento de amortiguación, de almohada de adecuación. Esta postura de incomodidad, de extrañeza, nos lleva a la búsqueda de ámbitos más amables, más reconocibles, búsqueda que irá definiendo y perfilando las características del habitar.

Se trata de algo tan básico como la documentación como primer proyecto, capaz de crear un campo de trabajo apto para la aparición de la solución completa. La solución, inicialmente magmática, deforme, se perfilará en cada casa cuando oídas todas las voces, anotados todos los hábitos, las pregnancias del lugar, se produzcan estímulos tan fuertes que hagan necesaria la definición en una forma.

Una vez definida, con todo nuestro equipaje de hábitos-textos-sentidos a cuestas será el momento de mudarnos hacia otros ámbitos, otras casas, para seguir habitando en la mínima permanencia.

María Varona Gandulfo

4. Viaje, y hermenéutico...

"Un viaje. Me estaba proponiendo que hiciéramos un viaje, a mí que he tardado poco menos de un lustro en conquistar los sesenta metros cuadrados de mi apartamento.

Desde que era un crío he tropezado con las cosas; un día me dijeron que si me picaban los mosquitos era porque tenía la sangre dulce y yo pensé que también mi ropa sería dulce, mi carne y por ello los estantes esquinados golpeaban mis codos y los filos de las hojas se divertían abriendo imperceptibles ranuras en mis dedos y los escalones se alzaban de puntillas para tirarme abajo..."

Hace unos años, y cuando digo "unos" quiero decir no mucho más de un par, comentaba con un amigo las excelencias de la flexibilidad en la arquitectura, concretamente en el tema de la vivienda. Por entonces Monique Eleb premiaba con descaro



lofts y sucedáneos mientras el hombre de Duchamp seguía bajando la escalera, entre trastabilleos y tropezones, y la hoja de Mallarmé se mantenía, impoluta, en blanco.

No mucho más tarde, quizá meses, descubríamos las virtudes de los ángulos no mayores de 90° y nos pareció de lo más elegante actuar desde la des-memoria y la virtualidad... El antiguo Prince lo hubiera llamado "The Sign o' the Times"...

A lo mejor la palabra clave sea panorama.

Juguemos a telescopio, o a globo aerostático, y nunca a caleidoscopio, y revisemos un panorama quizás aún más maldito que los poetas de Paul Valéry.

Sin remontarse a unos vikingos de color blanco nuclear, hemos conocido desde épocas ya casi remotas (eso de la *internet* acelera el tiempo y desacelera la memoria) explosiones de júbilo pequeñas, puntuales, coloristas y descoloridas. Así, fruto de los experimentos de entreguerras, "las revisiones de los 60 trajeron los esfuerzos contextuales y populistas de los 70", y éstos el insufrible y confuso estrépito de las últimas décadas: desde una fútil vuelta de tuerca, post-hortera y absurda, a los neos, "intoxicación mareante de referentes historicistas" (antesala de invasión de hamburguesas y coca-colas), pasando por la revisión italiana, inocente e indecente; la ampulosidad y voluptuosidad de los aceros recubiertos de hormigón visto e imprevisto, pesadilla cruel y puntiaguda, y el sempiterno atasco americano, más isla que nunca a pesar de sus miles de puentes, hemos llegado a la constatación de la frialdad sexual centroeuropea y sus "una caja es una caja es una caja" de los últimos tiempos, envueltos en un rigorismo minimalista medicinal y agnóstico, abrazados a un laconismo galopante y basados en una retroalimentada revisión y manipulación de certezas plásticas modernas, ideológicamente solipsistas, impávidos, como resaca de frialdad, abstracción y lejos de la socialidad de las vanguardias modernas..., (un nuevo "a pan y agua la paleta" de un anónimo Gayo Nuño).

Aun si este proceso a todas luces involutivo y trémulo no fuera sino un nuevo devenir histórico, una suerte de *clinamen* renovado y actualizado, una evolución, en fin, de posturas y conceptos, no dejaría de parecerme, cuanto menos, lógico, pero es esa promiscuidad homotética de la ciudad moderna, la que disuelve ese cierto caché de la arquitectura con mayúscula inicial, esa que se ha perdido hasta en el discurso de las escuelas de la desilusión. De todos modos, no cabe una visión esencialmente catastrofista ante este valleincliniano y desolador paisaje. Quizás la arquitectura (la arquitectura como señora de ojos nublados, algo entradita en carnes y con arrebol y carmín en sus silencios, raptada a lomos de un Zeus más toro astado que nunca) haya dejado por el camino algún que otro soporte, sustrato, estrato humífero donde crecer y ser mamá.

Loable esa flexibilidad antes señalada, pero coja e incoherente en su unicidad como recurso; necesaria esa vinculación (al entorno, a la forma...) de nodos centroeuropeos, pero sosa y reduccionista, cerrada en su ensoñación; casi atractiva la divertida entropía de ángulos y plataformas en sesgo, pero gratuita e incomprensible esa cuantificación de apotegmas desordenados y quebradizos...

Con todo, la solución pasa por los re- (*res-rei* en latín era "cosa").

Re-visión, re-simbolización, re-cogida.

Reciclaje, reivindicación... (no diré re-m Koolhaas).

La manera de reivindicar este presente (cacofónicamente ausente) es, seguro desde Tutum. Flexibilidad, vinculación, entropía... juntos. El logos desde los todos, lo heterogéneo. La denostada memoria.

De esta forma, el objetivo principal de esta reflexión pasa precisamente por constatar un hecho: "ser moderno no es construir con los materiales inventados en los últimos 20 años, ni siquiera a partir de conceptos aparecidos en los últimos 20 años, eso sería como escribir un libro con palabras aparecidas sólo hace 20 años". Ser moderno es ser simplemente, hacer el mejor uso de esa memoria a través de conectar las diferentes informaciones que se reciben.

Una propuesta: reinventar (de nuevo un re-) la arquitectura del "entre".

Por supuesto, lo propio de esta forma de teorizar es moverse "entre", en los lugares intermedios, entre-líneas, sobre aquello que no llega a constituirse todavía y que contiene el discurso de alteridad sobre "lo otro".

Un paso más. En esta memoria de intenciones, señalar la intención: esa búsqueda, investigación, propuesta, desde el diseño, des-

de la idea, desde la arquitectura de presente, una arquitectura sin referentes aunque sí con referéndums, una arquitectura nueva, aceptada, conceptual, esencial, operando con los conceptos del contexto, del lugar, con la materialidad nueva del tiempo presente. Así, esta arquitectura como proceso de continua diagnosis no busca una compulsiva "actualidad", una enfermiza necesidad o una excesiva pregnancia, sino una razón de ser, una coherencia, una imagen propia, habitando intervalos, construyendo sustratos, fisuras, soportando técnicas y tecnologías, a gentes y a vacíos...

Desde esta posición "intermedia" (actual vanguardia), la arquitectura es en realidad la colisión entre presente y pasado, y como consecuencia de ello, el proyecto será producto de un engarce entre la estancia y la ciudad, la habitación y el territorio, la vinculación, la flexibilidad y la entropía...

Mientras Soto de Moura diga que las mesas son maquetas grandes de casas, la cosa no irá tan mal.

Mientras Koolhaas siga delirando en NYC o en Melun-Sènart, la cosa no irá mal.

Mientras Siza siga dibujando, trémulas sus manos, cuencos vueltos del revés, todo irá bien.

El problema es el hacer.

Hacer mesas delirantes como cuencos es lo que falta.

La revolución que está por llegar está ya aquí, quizás es que no interesa que aparezca, teniendo formas exprimidas del último estertor de Mies o Gropius en stock, o quizás por respeto a la memoria de Johnson, en espera casta de la esposa enamorada a la muerte de su marido (gentil, complaciente, educado, comprensivo...) anciano.

Daniel N. Jiménez Ferrera

5. El punto de partida siempre es definir el mundo real, el mundo que necesita una nueva vivienda. Definir el problema para poder responder, pero no encontramos una sola vertiente, muchos hilos conforman el entramado de cuestiones que hay que resolver, porque no solamente se trata de describir un problema y articular una solución, se trata de definirnos nosotros, de situarnos, porque somos nosotros los que hemos de encontrar el sentido en este mar de datos. Así para presentar el problema de la vivienda no nos vale decantar en esta complejidad aquellas entradas que nos parezcan determinantes, preferimos presentar el mayor número posible de facetas de una realidad inabarcable, unidas, cosidas unas a otras porque en realidad están definiendo algo profundamente común pero a la vez expresado en toda su diferencia.

El modo de operar podría ser sumergirse en la maraña aparentemente indescifrable y encontrar caminos, que casi se van desvaneciendo a medida que transitamos, de manera que no se pretende dejar una huella que indique por donde hemos estado: te encaminas hacia donde vas encontrando una mayor apertura, siempre, cuando llegas allí, ves lo mismo pero desde otra perspectiva y resulta inútil volver, aunque hacia atrás se mire siempre.

Durante el siglo XIX se buscaban soluciones en el pasado con insistencia. Hasta mediados de este siglo la obsesión ha sido definir el futuro. Ahora nos aferramos con agonía a un presente al que no sabemos muy bien como hemos llegado y del que no acabamos de aceptar su complejidad.

La razón es sencilla, no se puede definir una situación de presente porque no hay un solo presente, existen tantos como personas se planteen el tema. ¿Por qué aceptar reducciones? Habría que renunciar a las generalizaciones (incluso a ésta), a encontrar una única respuesta, con suerte llegaremos a soluciones pero no tendrán una validez universal ni resolverán ningún problema en todos sus aspectos puesto que nosotros mismos somos incapaces de recoger todas las facetas de la realidad.

Si por un momento olvidamos la necesidad de absoluto, si somos capaces de asomarnos al mundo que nos rodea sin pretensión de doblegarlo, quizás seamos capaces de sobrevivir en el presente sin el sentimiento de estar buscando un imposible. Nuestra producción podría existir sin la vergüenza terrible de no responder a premisas universales. Incluso podríamos sobrevivir sin necesidad de articular un solo dogma. Ojalá.

Carmen Guerra de Hoyos